

EL HAIKU Y EL ALMA FEMENINA

I

ALMA Y POESÍA

El alma, entidad femenina, es el receptáculo por excelencia de la creación poética; entendiendo *el alma femenina* como una entidad que reside indistintamente en ambos géneros y en diversas proporciones.

La poesía presta sus labios al gran principio femenino, para que de cuenta de lo no manifestado. A través de su misterioso alfabeto, hablan las potencias más hondas del entorno espiritual.

Nos lo deja saber Robert Graves en su “Diosa Blanca” que anuncia:

“ El verdadero poema, es necesariamente la invocación de la Diosa Blanca o Musa, la Madre de Toda Vida “ Robert Graves / La Diosa Blanca

Reafirma lo anterior el historiador Francés, Jules Michelet, en su libro de La Bruja:

“ La mujer (el alma femenina) piensa e imagina, engendra a los sueños y a los dioses; ciertos días se vuelve vidente, roza el infinito del deseo y del sueño. Para contar mejor el tiempo, observa el cielo, sin perder su interés por la tierra. “ Jules Michelet / La Bruja

Nada separa entonces a la “Bruja clarividente”, a la “Sacerdotisa” y a la “Diosa”, de la conexión con lo no revelado; nada la extravía de la sabiduría reservada y oculta, nada aparta su razón del arcano donde han sido gestadas las verdades inmutables del universo y de todos los secretos de la vida.

La boca de la Bruja y de la Diosa, su sentencia callada, es a la vez, la boca y la sentencia de la poesía que vigila los límites entre lo sacro y lo profano, velando por su equilibrio sagrado.

La madre tierra, la luna, el agua, el inconsciente, son símbolos de lo femenino y lo receptivo;

todo aquello que nos evoca el alumbramiento y la fecundidad desde lo secreto, desde el silencio, desde la quietud, desde lo intangible.

Así la poesía, se torna la hija del abismo y trae en su aliento la antorcha de la verdad y la belleza que ha descubierto, atravesada por las razones de la intuición y posea por la iluminación de lo divino.

Traemos a colación una cita de Carl. G. Jung / El Hombre y sus Símbolos:

“El ánima: La mujer interior”, es una personificación de todas las tendencias psicológicas femeninas en la psique de un hombre, tales como vagos sentimientos y estados de humor, sospechas proféticas, captación de lo irracional, capacidad para el amor personal, sensibilidad para la naturaleza y por último, pero no en último lugar, su relación con el inconsciente. No es una pura casualidad que en los tiempos antiguos se emplearan sacerdotisas (como la sibila griega) para interpretar la voluntad divina y para establecer comunicación con los dioses.

Un ejemplo especialmente claro de cómo el ánima se experimenta como una figura interior en la psique del hombre se halla en los sanadores y profetas (chamanes) entre los esquimales y otras tribus árticas. Algunos de estos incluso llevan ropas de mujer o llevan pintados en su vestimenta pechos femeninos con el fin de manifestar su lado interno femenino, el lado que les capacita para ponerse en relación con la “tierra de los fantasmas” (es decir, lo que nosotros llamaríamos el inconsciente).

El alma femenina fluye por todos éstos dominios de manera serena y silvestre, sin la urgencia de aprender; solo recorriendo paisajes y recordando lo largamente conocido, atrapándolo suavemente con la inteligencia de su sensibilidad.

De allí, la trama inexorable y exacta entre el principio femenino y la poesía, como ánfora del mismo origen. Porque es la poesía en su numen, la que guarda toda luz alegórica de aquello que nombra y caracteriza a lo femenino y por ende a la vida; porque la poesía como lectura de lo innombrable, ejerce como la Diosa o la Bruja, la conexión con las fuerzas perfectas, con los preceptos que nos unen al todo...

Ella, como un acto de videncia, guarda los atributos de la revelación, del sentido esencial de las cosas, del alto conocimiento de lo intuitivo; en ella, como en el alma femenina, arde lo infinito, lo ilimitado; en ella, como en el alma de la Bruja o de la Diosa, el mundo está comprendido desde siempre.

A cal y canto, la imaginación de la poesía, amamantada y mecida en la dulce alma de todo lo que existe, nos alucina con sus ojos que se hunden, que se pierden y se funden en el agua del mar hermético...; la poesía como la gran madre mística, desborda de certidumbre silenciosa, de saber inagotable, pero discreto, en el beso de fuego y de tiniebla que arde en la página blanca donde florece.

II

EL HAIKU Y EL ALMA FEMENINA

Nos revela la vieja sabiduría del **Libro de las Mutaciones / I CHING**:

" Como un enorme regazo materno, lo receptivo en su riqueza, es portador de todas las cosas en resonancia con lo ilimitado. Lo receptivo lo abarca todo, y su capacidad de transformación es esplendorosa "

En el hermoso lenguaje de los opuestos, lo receptivo es lo femenino por excelencia, en contraposición a lo creativo, que es lo masculino.

Así también, en los elementos, lo femenino corresponde a la tierra y el agua, en tanto que el fuego y el aire tienen atributos de lo masculino.

Otros opuestos que operan en la naturaleza del hombre: tierra – sol, tierra – cielo, luna – sol; y por supuesto alma – espíritu; entendiéndolo el primer componente como el femenino y el último como el masculino.

De este profundo texto del I CHING deriva el sentimiento velado de la potencialidad de gestación infinita de todo “lo que es”, “lo que ha sido” y “lo que será”, que habita el gran principio femenino, y que es correspondiente en su forma más elevada con la poesía, y de manera aún más sublime con el poema haiku, por su profunda intención de percibir el alma pura de las cosas en su dimensión justa, precisa, acotada; pero siempre absoluta y eterna.

Para dar a luz al haiku, se requiere el sosiego y la sordina, el período de germinación en que se percibe la belleza, no con la razón, sino con la presencia total en el milagro, en el acaecimiento.

Esa certeza en el corazón del haiku nos admite parangonarlo con lo femenino de manera sencilla; pues se relacionan compartiendo sus esencias más hondas:

- Silencio, quietud, carácter receptivo
- Conexión sagrada con la naturaleza
- No pensamiento, acción de la no acción, no reflexión; contemplación.
- La percepción del “gran sentido” de las cosas ; su intuición fundamental
- Sentido eterno del proceso cósmico
- Profunda articulación espiritual
- Alumbramiento secreto, callado
- Actitud humilde y reverente frente a las grandes leyes que nos contienen
- Conciencia de fugacidad, inpermanencia, fragilidad

Una mirada consecuente con esta conexión, entre los atributos del alma como tal y el pequeño poema haiku, deviene dócil abandono de ambos en brazos de la vida, al rendirse a aquellas formas del conocimiento de la **No Razón y la No Mente**; al subyugarse a “eso indecible” que permite acceder a la comprensión de todo lo que nos rodea, siempre lejos de la postura intelectual, que lo único que logra es dispersar del acontecimiento puro; ese que alberga el origen verdadero de las cosas.

Los maestros Zen lo denominan **Satori** a ese momento de iluminación, a ese relámpago de comprensión suprema que nos fusiona de nuevo al todo y nos devuelve a la religión de la origen y a la armonía total.

Cesar de ser, acallarse, sólo sentir con los ojos, el olfato, las manos, el oído, el corazón que lee el ritmo discreto del cosmos;... en ello probablemente encontremos el propósito del haiku y su oculta conexión con lo eterno femenino, en su descenso al fondo de “lo que es”, a las potencias del ser, a su fuerza más íntima; para traer de allí la luz.

Quizá la condición de florecimiento callado y secreto, hermane poesía - haiku y elma femenina.

Tal vez su poderosa aceptación y entrega, su ciencia del alma y su natural capacidad para dar las respuestas desde la No Razón, desde la Iluminación en si misma, por ser portadora del nacimiento de todo cuanto existe.

DENTRO DEL MISMO HAIKU CUÁL ES EL ALMA Y CUÁL EL ESPÍRITU ¿?

EL ALMA COMO LO DISCRETO, LO QUE GESTA CALLADAMENTE, QUIETAMENTE, LO QUE ALUMBRA DESDE SU OSCURIDAD, DESDE LA TOTALIDAD DE LAS LEYES QUE LE CONTIENEN...

EL ESPÍRITU COMO EL FUEGO, EL HIJO, LA FUERZA, EL PODER... EL SATORÍ; EL MOVIMIENTO, LA CONCRECIÓN, EL POEMA MISMO.